
EL SISTEMA DE ENSEÑANZA Y EL CAMBIO SOCIAL

Ignacio Fernández de Castro



6

El sistema de enseñanza se encuentra a la deriva sacudido por la violencia del cambio. Se trata de una historia larga y negra en la que no se vislumbra un final feliz.

Cuando en 1931 el país parecía que iba a recobrar su pulso y la enseñanza encontrar su reforma para alcanzar los mínimos objetivos de generalidad, gratuidad y laicización necesarios para el asentamiento de una base de convivencia democrática ciudadana, cinco años más tarde, la brutal agresión del «alzamiento» nos devolvió a las cavernas y la emprendió a golpes de depuraciones y de contenidos doctrinarios

contra la enseñanza republicana que apenas había logrado levantar cabeza. Cuando en 1970 las necesidades del desarrollo económico se terminan imponiendo sobre un inmovilismo suicida, y la enseñanza se reforma tímidamente hacia lo «moderno» adaptándose a un proceso de movilidad ascendente por el imperativo del mercado de trabajo capitalista, cinco años más tarde, la incidencia de la crisis económica

empieza a cambiar todos los presupuestos y a colocar al sistema de enseñanza reformado ante su propio fracaso.

En 1983, con un gobierno socialista lleno de buenas intenciones y de «ética» hasta rebosar por todas las ventanas del Palacio de la Moncloa, nos encontramos con un sistema de enseñanza a la deriva que no ha llegado a ser ni laico, ni público, ni general, ni gratuito, ni democrático, ni eficaz, ni tampoco todo lo contrario, con un sistema que pide y reclama su reforma, sin que el cambio permita conocer cuál es la reforma que hoy el sistema y el país necesitan.

Existe la sospecha fundada de que si hoy completamos las dos últimas reformas que quedaron interrumpidas, y, al fin, llegamos a tener un sistema de enseñanza laico, público, eficaz y moderno, como el que nos hubiera sido necesario al final de la década de los años cincuenta, hoy el cambio profundo de la sociedad estaría reclamando su reforma, pues ya tal sistema no nos serviría de nada o para bien poquita cosa. Y este hacer las cosas siempre con un retraso de diez, veinte o cincuenta años es una maldición que parece que no nos la vamos a quitar de encima.

Me da miedo, lo confieso, que nuestros actuales reformadores de la enseñanza terminen teniendo éxito en su empeño de «hacer las cosas bien», y que consigan al fin poner nuestra enseñanza a la altura europea, que esto llegue cuando los europeos no sepan ya que hacerse con el mastodonte de unos sistemas que hoy hace aguas por todos los lados, y cuando se están devanando los sesos para modificarlos profundamente o, quizá, cuando ya lo hayan modificado para adaptarlo al nuevo estado de cosas.

La sorpresa siempre entra dentro de lo posible, pero por ahora nada permite pen-

sar que los objetivos de las reformas que se preveen sobrepasen una decorosa puesta al día de nuestro sistema en relación con aquello que ya en 1968 puso de manifiesto su desfase.

El componente más visible de la crisis por la que atraviesan los sistemas de enseñanza modernos, se manifiesta en la quiebra entre las salidas del sistema y las entradas en la vida activa a través del doble batiente de la puerta del mercado de trabajo y de la ganancia del capital. En un plano más profundo este componente señala la crisis que hoy afecta al significado de poder que en el orden social simbólico vigente en la modernidad, atribuye al trabajo productivo.

Las reformas de un sistema educativo que nació como uno de los instrumentos

En 1983 nos encontramos con un sistema de enseñanza a la deriva que pide y reclama su reforma.

para el asentamiento y consolidación del Estado burgués, se situaron como la respuesta necesaria de la sociedad a un progreso que descansaba sobre la especializa-

ción de la fuerza de trabajo y sobre la acumulación de la ganancia marginal que producía el permanente adelanto técnico en el proceso de producción. La multiplicación de los puestos de trabajo, la revalorización de la fuerza de trabajo por el proceso de su cada vez mayor calificación especializada, el consumo de masas que es su consecuencia, y la invención que cada día penetraba más profundamente en la conquista de la naturaleza y de sus fuerzas y energías, jalonadas por las guerras que aceleraron por la destrucción, la renovación de los equipos de producción, forzaron las reformas de los sistemas de enseñanza que se estructuraron en mecanismos de producción en serie de profesionales de todos los niveles y de todas las especialidades que reclamaba el progreso. Los canales educativos por los que discurrían los flujos de la vida de las nuevas generaciones incorporando conocimientos, habilidades, adiestramientos y hábitos de trabajo y de disciplina, aumentaban sus

capacidades para recibir a los que antes se encontraban excluidos —las mujeres y los hijos de las capas más bajas del proletariado— y cuya energía revalorizada estaba necesitando el desarrollo.

Un indicador espectacular de este proceso sobre el que se asientan las reformas de los sistemas de enseñanza, fue la colosal importación de mano de obra que realizó Europa después de la última guerra y de la que se benefició como exportador nuestro país a partir de los últimos años de la década de los cincuenta, exportación que, por otra parte, va a favorecer nuestro mucho más modesto y desequilibrado desarrollo de los sesenta, y a nuestra reforma educativa de 1970, tan poco oportunamente situada cuando la crisis va a cambiar la coyuntura en el mundo del desarrollo.

A partir de 1973, cambia el signo de los tiempos. La crisis del petróleo y de las materias primas desvela la profundidad y el alcance del cambio que ya se ha producido, y pone en evidencia la total dependencia de la producción, de las energías no humanas y el paralelo detrimento de la energía humana que, en el período anterior, se había sobrevalorado en el orden simbólico de las significaciones. Las importaciones de fuerza de trabajo cesan brutalmente y el flujo emigratorio cambia su sentido volviendo hacia su fuente de subdesarrollo. El paro inicia su camino ascendente sin que lo contengan las medidas de reducción de los tiempos de trabajo, el aumento de las vacaciones laborales, la reducción de las jornadas, el anticipo de las edades de la jubilación y del retiro, la prolongación de los años de las escolarizaciones obligatorias y el receso en el flujo de la incorporación de las mujeres al trabajo. El volumen de la producción material, sin embargo, no sólo no disminuye, sino que cada día se amplía en cantidad y en la extensión de los campos que abarca.

El componente más visible de la crisis se manifiesta en la quiebra entre las salidas del sistema y las entradas en la vida activa.

Los sistemas educativos constituidos como verdaderos colosos productores de profesionales, acusan el golpe del cambio de signo y conocen las primeras dificultades para la colocación de sus productos. Los efectos de estos cambios retroceden en ondas hacia la base de las estructuras educativas, produciendo consecuencias significativas: los recortes en las entradas en la vida activa inducen a estrechamientos en las salidas del sistema de enseñanza, estos estrechamientos endurecen los sistemas selectivos que abren los distintos canales por donde discurren los flujos, y estos endurecimientos aumentan los fracasos escolares en los distintos niveles, lo que, a su vez, desarrolla reacciones de defensa que en muchos casos se traducen en reforzamientos y complementos educativos que por su elevado precio sirven de instrumentos de selección a favor de los privilegiados y de los grupos dominantes, y la totalidad de los sistemas se reestructuran sobre la discriminación clasista que las reformas anteriores habían, hasta un cierto punto, abandonado.

El significado de crisis, y aún de crisis coyuntural, que se otorga a la nueva situación, significado que incluye la expectativa de un cambio que permita el relanzamiento de la economía que, a su vez, anime a la demanda de fuerza de trabajo, y que esta nueva situación haga decrecer el paro hasta alcanzar una situación óptima de pleno empleo, ha impedido, juntamente con las expectativas de las familias que esperan también que la crisis acabe, que se planteen reformas en profundidad de los sistemas de enseñanza, y aún que se arbitren fórmulas y aún pequeñas reformas para enfrentarse con una situación que se cree pasajera.

La crisis del valor trabajo, sin embargo, no es una crisis económica, sino que, por el contrario, es el resultado en el orden de la significación simbólica, del desarrollo económico basado precisamente

sobre este significado del trabajo productivo. Es el propio orden de significación burgués del que nace el capitalismo, y aún en una cierta medida su respuesta marxista,

el que entra en contradicción consigo mismo, como consecuencia de su registro material en cuanto orden de las cosas y de las relaciones sociales.

La complejidad de la crisis del valor trabajo puede, sin embargo, reducirse a dos esquemas para su comprensión operativa:

- Alcanzado un punto del desarrollo económico basado sobre el significado valor/trabajo productivo, punto en el cual el sistema de producción asume la reproducción en su integridad de la fuerza de trabajo consumida en el proceso, aparece la contradicción entre dos partes del capital social: la parte compleja cuya actividad consiste en producir bienes, y aquella otra, también compleja, que produce la fuerza de trabajo y crea su valor, contradicción que se manifiesta en el interior mismo de toda parte del capital: en tanto consumidor de fuerza de trabajo, y en tanto participante, en medidas diversas en el proceso de su producción, al producir los bienes y los servicios que la reproducen.

En este punto, la ganancia de cada capitalista productivo depende en una cierta medida de dos factores contradictorios: comprar la fuerza de trabajo lo más barata posible, conseguir que continúe el proceso de revalorización de la fuerza de trabajo, ya que de esta revalorización depende en una gran medida sus posibilidades de ampliación.

La contradicción se resuelve lanzando a todo el sistema a la utilización masiva, de energías naturales no humanas y de técnicas de automatización cada vez más complicadas, sustitutorias de la energía humana.

- El segundo esquema desarrolla las consecuencias del anterior:

**Los sistemas educativos,
constituidos como verdaderos colosos
productores de profesionales,
acusan el golpe de la crisis
del petróleo.**

Por una parte, el proceso de revalorización de la fuerza de trabajo tiene que ser forzosa-mente paralelo a cualquier aumento de la producción material de bienes y servicios.

Por otra, para que el proceso de revalorización sea posible, se exige que la participación del consumo de energía humana —fuerza de trabajo— disminuya progresivamente en la producción material, lo que supone una disminución efectiva de la participación de esta energía en el proceso de formación del valor de lo producido.

De esta forma, el registro material, el orden de las cosas y de las personas entra en una contradicción cada día más aguda, con el significado valor/trabajo que aparece en el orden social simbólico. En el primero, en el orden del registro material, el trabajo humano productivo sufre un proceso material de desvalorización (menor participación en la formación de los valores materiales producidos); en el segundo, en el orden de los significados simbólicos, el trabajo humano productivo continúa su forzado proceso de revalorización.

Dejando a un lado la consecuencia de esta dinámica, que se traduce en el colosal trasvase de plusvalía que se viene produciendo desde el sector de producción industrial al sector servicios, y en su efecto sobre el endeudamiento cada vez más evidente del sector industrial, causa primera de los aumentos de los tipos de interés que alcanza el dinero y del auge del capital financiero, se puede constatar el paralelo aumento *del valor de la hora de trabajo* y la enorme *reducción del número de horas de trabajo* necesarias para la producción de la misma cantidad material de bienes, lo que nos lleva al fondo de la crisis del valor/trabajo.

La vida no valorada aumenta como contrapartida, y su embolsamiento constituye el núcleo del problema al que tiene

que enfrentarse toda reforma del sistema educativo.

Cualquier persona que sienta curiosidad y una cierta afición por los datos estadísticos, puede comprobar la tendencia en nuestro país a la disminución de las horas de trabajo valoradas que cada año se utilizan para la producción de bienes y de servicios, y cómo esta reducción no supone una disminución del volumen de lo producido. También puede comprobar cómo el número de horas en que se traduce la vida de la población de nuestro país aumenta también cada año como consecuencia del crecimiento de la población. Si completa sus datos poniendo en relación estas dos series, llega fácilmente a la conclusión de que la proporción entre las horas de trabajo (valoradas) y las horas de vida (no valoradas), es no sólo extremadamente baja, sólo se valora una cifra que no llega al 10 % de las horas de vida, sino también que esta proporción disminuye todos los años.

El sobrante de vida, tomando como criterio de su valoración el trabajo productivo, es un fenómeno visible y resentido por la población. Cada día *la juventud* se alarga y se alarga la que hoy se llama *tercera edad*, períodos que califican a grupos de edad excluidos del trabajo, y dentro del período activo *adulto* se reduce sustancialmente el tiempo de trabajo: el paro, la reducción de la jornada de trabajo, el aumento de los períodos de vacaciones. La intensidad misma del consumo de energía vital durante la jornada de trabajo también ha disminuido visiblemente.

Por otra parte, parece evidente que a este sobrante de tiempo de vida, que caracteriza a las sociedades modernas, se añade el fenómeno paralelo y concurrente de que el tiempo de vida que no se consume en el trabajo productivo se está vaciando de actividad y transformándose en una actitud *pasiva* de consumo. Esas rela-

tivamente pequeñas horas de trabajo producen hoy, y cada día en mayor medida, lo que antaño constituía el objeto de la actividad de las horas de vida no valorada.

Esta situación plantea problemas muy serios y crecientes debidos todos ellos al empecinamiento del orden social simbólico en mantener el trabajo de producción como criterio de valoración del tiempo de vida: La distribución del tiempo de trabajo cada vez más escaso entre una población cada vez más numerosa; la distribución desigual de la valoración de este tiempo: hay horas que valen mucho, otras que apenas tienen valor; la necesidad de arbitrar fondos cada vez mayores para sostener, aunque de manera muy precaria, la vida no valorada: las pensiones, los subsidios de paro, las becas y ayudas de todo tipo, constituyen tres ejes de penetración en el análisis de los problemas técnicos y de las soluciones que hoy se plantean, pero a su lado aparecen elementos alarmantes que perturban las relaciones de convivencia: el incremento de la delincuencia y especialmente la juvenil, la extensión del tráfico y del consumo de drogas duras, el renacimiento del interés por cuerpos doctrinales y aún actitudes místicas extrañas y ajenas al racionalismo imperante en la etapa precedente, la aparición de un nomadismo errático sin objeto coherente y de depresiones y abulias que llegan a alcanzar cotas de epidemias sociales jalonadas por enfermedades mentales y suicidios, y otros muchos fenómenos semejantes, generan reacciones agresivas de defensa en los grupos sociales «bien pensantes» que hoy también incluyen grupos extensos de asalariados y obreros, relativamente privilegiados frente a todos los que el sistema embolsa y margina.

El sistema de enseñanza se ve rudamente afectado por esta situación que caracteriza a las sociedades modernas.

El sistema de enseñanza estructurado por su última reforma

El embolsamiento de la vida no valorada constituye el núcleo del problema al que tiene que enfrentarse toda reforma del sistema educativo.

para responder a las necesidades del mercado de trabajo y situado hoy frente al progresivo embolsamiento de la vida que sobra, *reclama una profunda reforma imaginativa.*

La ebullición de vida que se observa en el embolsamiento, las potencialidades que el sistema social no virtualiza y que se dispersan en comportamientos que los eficaces mecanismos de control y de represión social no logra evitar, están reclamando del sistema de enseñanza una actividad distinta a la que puede derivarse de unas medidas y reformas que sustancialmente se concretan en alargar la escolaridad para aumentar el tiempo de aparente control sobre una juventud sin empleo, y a corregir defectos de funcionamiento reduciendo la relación profesor/alumnos y colocándola en un 1/30 decoroso, mejorando la formación de los profesores, los contenidos de los programas, la calidad didáctica y pedagógica de los cursos, aumentando y modernizando los materiales y aún el número y la organización de los espacios escolares, como si el problema no estuviera situado en otra parte.

«El hacer bien las cosas» no siempre es la solución adecuada, sobre todo cuando las cosas que hay que hacer constituyen, o pueden constituir, un disparate. El *cambio* que hoy puede despertar esperanzas y aún entusiasmos, no puede limitarse a hacer funcionar lo que antes no funcionaba, sino que incluye el cuestionarse si es necesario *cambiar* el objetivo del funcionamiento.

Si el sistema de enseñanza llega a funcionar mejor cada día gracias a los esfuerzos de los responsables de la política educativa, a la colaboración de los enseñantes, a la buena voluntad de los padres y aún de los propios alumnos, los efectos previsibles son, por una parte, aumentar el despilfarro del sistema ya que revalorizaría la vida sobrante embolsada, valor añadido que no podría «realizarse» en el

mercado de trabajo; por otra, arrasar en el embolsamiento todas las potencialidades no virtualizadas, dando un duro golpe a toda posibilidad de cambio en profundidad que en esas potencialidades, sin embargo, existen. Y es este último efecto el que me parece más grave.

El niño, al igual que todo ser vivo, encierra en sí mismo la capacidad de autodesarrollarse, de autorregenerarse enfrentándose con éxito al paralelo proceso degenerativo en que consiste precisamente la vida. Esto supone una capacidad potencial de significación del medio en relación a así mismo, a su autorreferencia genética, que concluye la capacidad también potencial de establecer un programa y una estrategia de comportamientos y establecer las relaciones de sociabilidad y cooperación que tanto el programa como la es-

El sistema de enseñanza estructurado por su última reforma para responder a las necesidades del mercado de trabajo reclama una profunda reforma imaginativa.

trategia exijan. En definitiva, todo niño tiene la potencialidad de *ser* en el doble aspecto de: ser sí mismo, distinto y excluyente de todo otro ser y del medio, y ser hom-

bre, miembro de la especie, portador de los caracteres genéticos genéricos que distinguen a nuestra especie del resto de las que constituyen la vida. Cuando consideramos la vida que bulle en el embolsamiento donde queda marginada como sobrante en nuestra sociedad, nos estamos refiriendo a esas potencialidades que proceden de esa calidad de ser vivo que tiene toda persona por el solo hecho de existir.

Las asociaciones de humanos, sus formas estables de sociabilidad que sobreviven a la vida de sus miembros, constituyen seres vivos complejos, organizaciones de vida distintas y distinguibles de los seres vivos, personas que las componen, seres vivos que tienen también en sí mismas los elementos esenciales que les hacen capaces de autorregenerarse enfrentándose con éxito a su paralelo proceso degenerativo en que, inevitablemente, consiste la vida. Esto supone que las sociedades en cuanto seres vivos, tienen la potencia o

poder capaz de significar al medio en relación a así misma, a su autorreferencia —en este caso cultura—, de realizar los programas y las estrategias, así como la capacidad de toma de decisiones sobre comportamientos sociales que transformen y modifiquen el medio para convertirlo en los elementos que la regeneran. Las sociedades/Estado son ejemplares de este tipo complejo de seres vivos.

El niño nace en un medio socializado, y la sociedad en la que crece y va a desarrollarse y desde su nacimiento, procede cuidadosamente y con un gran aparato de medios a virtualizar del conjunto de sus potencialidades, sólo aquellas que estén significadas como necesarias para la vida y regeneración del ser social, atrofiando el resto. La participación activa del sistema de enseñanza en este proceso de virtualización y de atrofia no puede ignorarse aunque no sea el único. La importancia que en este proceso tiene en nuestras sociedades «modernas» el significado del valor/trabajo productivo, se manifiesta en que sustituye en el niño la necesidad originaria de ser sí mismo y sobrevivir siéndolo, por la de *ser profesional* y, por lo tanto, ser significado como valor, y sustituye la identificación correspondiente de su realización personal por la realización de su valor en el trabajo.

Dejando a un lado los nada desdeñables daños que ocasiona en las potencialidades genéticas de los niños el proceso de su sociabilización en la que participa el sistema de enseñanza, parece indudable que cualquier posibilidad de cambio de la sociedad, cuando se presenta una crisis profunda de sus valores, tal como ocurre en los momentos actuales (la crisis del valor/trabajo que hemos expuesto), reside en esas potencialidades no virtualizadas y aún reprimidas de sus miembros. Los ejemplos históricos son numerosos y concluyentes, los más cercanos nos los han ofrecido la burguesía y el proletariado,

El cambio que hoy puede despertar esperanzas y aún entusiasmos no puede limitarse a hacer funcionar lo que antes no funcionaba.

protagonistas de las dos últimas grandes revoluciones en la cultura de Occidente, que han virtualizado las potencialidades de estos dos grupos sociales y precisamente sobre la dominación del significado valor/trabajo que hoy se encuentra en crisis. El sistema de enseñanza ha sido un instrumento eficaz en estos cambios por que supo a través de su implantación en los estados burgueses y de sus posteriores reformas, enfrentarse con esas potencialidades no virtualizadas por las formas sociales anteriores, pero presentes en los grupos sociales dominados y reprimidos en las sociedades preburguesas, virtualizándolas a través del nuevo significado del poder que se otorga desde entonces al valor/trabajo, pero al hacerlo y casi inmediatamente reprimió otras potencialidades, potencialidades que hoy aparecen en el embolsamiento del sobrante de vida reclamando su virtualización en el nuevo cambio. Ahí se encuentra precisamente el problema de la reforma del sistema de enseñanza si se pretende que sirva nuevamente de instrumento del cambio social.

El embolsamiento puede convertirse en bucle recursivo, capaz de organizarse para autorregenerarse y sobrevivir al proceso inevitable de su degeneración progresiva.

La función actual del sistema de enseñanza en relación con la vida que se embolsa por el sistema social debido a su incapacidad de consumirla con los criterios derivados de su significación, se enmarca entre la de proporcionar, como dice Alberto Moncada, un espacio/tiempo de aparcamiento organizado, y la más matizada de estirar en el tiempo la eficacia del mecanismo clásico de integración social que consiste en la demora permanente del cumplimiento del deseo por la presencia de la promesa y cuyo resultado es trabajar y afanarse para el cumplimiento del proyecto del padre (poder). La oferta educativa en su conjunto funciona en las socie-

dades modernas como *la promesa* que reclama el permanente sacrificio del presente para la construcción del futuro, a medida de que el futuro se aleja y se endurece y se dificulta el esfuerzo (sacrificio) exigido es más considerable y más prolongado.

El rechazo actual de los alumnos y de los estudiantes al sistema de enseñanza, la presencia alarmante del aumento de los fracasos escolares en todos los niveles y de los abandonos, la multiplicación de las rupturas de la convivencia organizada por los sistemas sociales entre las diferentes partes agrupadas según su valoración o no valoración por el orden de significación simbólico, la colosal explosión de formas de relación y de actividad marginales, al lado de movimientos crecientes de protestas contra los ejes de la estructura del sistema: el patriarcado, el progreso tecnológico contaminante, la guerra..., indican que en la gran bolsa donde se almacenan las potencialidades no virtuali-

zadas de la vida, están apareciendo turbulencias y remolinos que anuncian que hoy es posible el cambio, que la vida embolsada puede autoorganizarse y la bolsa convertirse en bucle recursivo que se enfrente como sistema alternativo al sistema social vigente.

El sistema de enseñanza como factor del cambio, puede encontrar la reforma que necesita abriendo su espacio organizado a las potencialidades no virtualizadas para facilitar que encuentren en sus formas autónomas de sociabilidad, la autorreferencia, —cultura inventada por el análisis crítico, o nueva lectura, de la cultura autorreferente del orden vigente— que les permita constituirse en bucle alternativo donde el cambio profundo de la sociedad se manifieste tanto en la multiplicación de las diferencias como en la cooperación de lo diferente para que la especie pueda sobrevivir en el progreso de la libertad de sus miembros.